

Donald N. McCloskey  
**Si eres tan listo. La narrativa  
de los expertos en economía**

*Madrid, Alianza, 1993*

**JOSÉ ANTONIO ALONSO**  
*Universidad Complutense*

**U**na de las consecuencias más decisivas de la renovada imagen de la ciencia que surge en estas últimas décadas es admitir como inevitable la presencia de elementos convencionales, fruto de la intersubjetividad compartida, no sólo en la producción de conocimiento, sino también en su proceso de validación. Se acepta, al fin, que no existe prueba crucial alguna capaz de dispensar al científico —como colectivo social— de la toma de decisiones acerca de la validez de sus propuestas. Los criterios de evaluación del conocimiento no pueden ser ajenos ni al desarrollo de la teoría, en tanto empresa racional, ni al juicio falible de la comunidad científica. De modo que la presencia del sujeto, que el positivismo había tratado de conjurar, invade todos los ámbitos del proceso de producción y validación del conocimiento. Como afirma Toulmini, “cada uno de nosotros piensa sus propios pensamientos, pero los conceptos los compartimos con nuestros semejantes”.

Sin negar las especificidades que pueda tener el discurso científico, esta visión subraya el conjunto de elementos que la ciencia comparte con las otras formas de comunicación y de diálogo que los hombres establecen entre sí, como puedan ser el arte o los mitos. Por ello, resulta poco provechosa —y básicamente equivocada— la tarea de edificar un criterio que delimite y salvaguarde, a través de un criterio formal, el espacio propio del discurso científico, tal como intentaron los neopositivistas, primero —criterio de significación—, o Popper, después —criterio de demarcación. Más bien, la ciencia se configura como un diálogo especializado para explicar el mundo, que aparece sometido al sistemático ejercicio de un escepticismo riguroso. Una empresa racional, que avanza a través del consenso tentativo de la práctica científica, establecido a partir de los elementos de juicio que la teoría y la realidad le proporcionan. En consecuencia, es en la comunidad científica, que protagoniza esa crítica lógica y empírica de las teorías, en donde radica el *locus* dinámico de la ciencia.

Ahora bien, si a la comunidad científica le corresponden las tareas de promoción y validación del conocimiento, necesariamente han de formar parte del discurso científico todos aquellos elementos intencionales y comunicacionales que promueven la persuasión. Sin duda, entre estos elementos figuran, necesariamente, la lógica y los hechos: la consistencia lógica y la contrastación empírica de la teoría constituyen los mecanismos más eficaces para lograr el consenso de la comunidad científica; y ambos aportan los controles necesarios a los que ha de

someterse la empresa racional que toda teoría presupone. Ahora bien, ¿son los dos únicos elementos de que se compone el discurso científico?

El positivismo, en su afán por garantizar la objetividad de la ciencia, daría a este interrogante una respuesta afirmativa: la ciencia es objetiva porque los elementos que la constituyen, la lógica y los hechos, lo son. No obstante, como la crítica histórica ha demostrado, el proceso de desarrollo de la ciencia no se acomoda a un esquema tan simple. En la actividad científica, como en toda empresa humana, están presentes elementos convencionales, que surgen de la necesaria naturaleza social de sus creaciones. Junto a la lógica y a los hechos, aparecen también en el discurso científico toda aquella batería de elementos retóricos que el hombre utiliza habitualmente para promover el entendimiento. La comunicación racional no se agota en la lógica y en la empiria; es obligado, también, el ejercicio de la persuasión. En esto, el discurso de la ciencia no se distingue de otras formas de diálogo humano. Por ello, como señalara el propio McCloskey, lo que en última instancia “distingue lo bueno de lo malo en un discurso erudito no es la adopción de una metodología particular, sino el intento sincero e inteligente de contribuir a una conversación”<sup>1</sup>.

En correspondencia con esta visión, se ha abierto un campo de investigación muy activo para el análisis de la función que cumplen los recursos retóricos en la construcción de la ciencia. Fruto de ello es la formación de grupos de trabajo de carácter interdisciplinario —como el agrupado bajo el rótulo de “Proyecto sobre la Retórica de la Indagación”— y la aparición de estudios de revisión general del tema —como los compilados por Nelson, Megill y McCloskey (1987): o el reciente de Groos (1990).

La economía no ha permanecido ajena a este línea de investigación metodológica<sup>2</sup>. En su desarrollo ha participado, con un destacado protagonismo, Donald N. McCloskey, especialista en historia económica y profesor de la Universidad de Iowa. A él pertenece el primer estudio en profundidad sobre esta materia, *La retórica de la economía*, que se publicó traducido al castellano por Alianza Editorial, en 1990. Se trataba de un libro sugerente, pero desigual; en el que se encadenaban afirmaciones iluminadoras y provocativas, como aquella que hacía de la modelización el recurso metafórico propio de la economía, con otros apartados menos convincentes y argumentativamente más espesos. En todo caso, era un estudio original, edificado desde una perspectiva poco frecuente en el ámbito de la economía.

Como continuación de aquel estudio, se presenta ahora en castellano un nuevo trabajo de McCloskey, que hace suyo el sarcástico dicho popular americano frente a la actitud de los expertos: “si eres tan listo ¿por qué no eres rico?” Como en el caso anterior, este nuevo trabajo pretende abundar en el análisis del uso que, de hecho, el lenguaje científico de los economistas hace de los recursos retóricos. Pero, más allá de este objetivo, McCloskey intenta enfrentar a la comunidad de los economistas con la realidad de su discurso, ajeno a toda posible mistificación; y argumenta las ventajas que se podrían derivar para la propia disciplina del

---

(1) McCloskey (1990), pág. 51.

(2) Entre los trabajos promotores de esta línea de investigación, se encuentran el de Henderson (1982) y el de McCloskey (1983). Otros trabajos destacables son los contenidos en McCloskey (1985); o Klamer, McCloskey y Slow (comp.) (1988).

reconocimiento de los recursos argumentativos, es decir, retóricos, presente en sus creaciones.

Tal vez convenga subrayar que el término retórica se utiliza aquí en su sentido estricto, aludiendo, por tanto, al conjunto de recursos disponibles para la persuasión, para el ejercicio de una adecuada argumentación. Desde este punto de vista, ni la retórica ni las metáforas son meros adornos prescindibles del lenguaje, no aluden al preciosismo del estilo ni a los circunloquios innecesarios, sino a la forma que adopta una determinada argumentación. Todo lenguaje es, pues, irreductiblemente metafórico. Y, por la misma razón, “la ciencia es retórica, argumentación humana, del todo, hasta el final”<sup>3</sup>.

De acuerdo con esta visión, y tal como sugiere McCloskey, cuatro son los elementos básicos sobre los que se configura el discurso científico: los hechos, la lógica, la metáfora y la narración. Aun cuando se combinen en proporciones variadas, todos los elementos de esta tétrada son necesarios, porque todos forman parte esencial de la función argumentativa sobre la que se erige el discurso científico. Y todos ellos confirman que a los economistas, como al resto de los científicos, ha de interesarles tanto comprender como explicar, tanto cotejar como deducir.

Si una de las funciones del discurso científico es argumentar y persuadir, no puede desconsiderarse el análisis de los recursos retóricos del lenguaje y de sus posibles usos. Y, así, McCloskey se detiene en cuatro ámbitos de análisis: en primer lugar, los tributos que, implícitamente, el discurso asigna al científico, directa o indirectamente, como medio para enaltecer su producto (*el ethos*); en segundo lugar, la capacidad que tiene para implicar al lector en su juicio (*el pathos*); en tercer lugar, los recursos de estilo necesarios para persuadir de la bondad, objetividad y pertinencia de su propuesta (como el estilo libre indirecto, frecuente en las narraciones económicas); y, finalmente, la ayuda para la comprensión a través de la metáfora. En la apelación a este último recurso, los economistas han demostrado notable creatividad, aun cuando no sean conscientes de ello, dotando a la economía de una particular forma de construir metáforas: los modelos. Como con ironía señala McCloskey, los modelos constituyen “la poética” de la economía, son las formas metafóricas más propias del discurso económico.

Para investigar en mayor profundidad las formas de narración y la presencia del lenguaje metafórico en economía, McCloskey recurre a ejemplos concretos tomados, preferentemente, del ámbito de la historia económica. Así, analiza las formas argumentales bajo las que se presentan las diversas posturas habidas en relación con el “fracaso de la revolución industrial” en el Reino Unido y el debate a que dieron lugar; la utilización de los recursos retóricos en la concepción de la historia que se desprende de la obra de Gerchenkron; o la apelación que la historia económica hace de esas imaginativas composiciones metafóricas que son los supuestos “contrafactuales”. Pero, quizá, donde McCloskey se muestra más crítico es a la hora de evaluar las posibilidades prescriptivas –y, aún más, predictivas– de la economía, en su afán por asimilar el modo de hacer propio de las ciencias de la naturaleza; o al discutir la supuesta objetividad del lenguaje económico y su reclamada depuración de contenidos éticos. Dos asuntos polémicos de larga tradición en el pensamiento económico, que son abordados en esta ocasión desde una nueva perspectiva.

(3) McCloskey (1993), pág. 17.

El análisis de estos aspectos le lleva a McCloskey a enjuiciar con severidad las aspiraciones de ingeniería social que subyacen a algunas posiciones doctrinales de la teoría económica; así como a desmontar la confianza que la propia comunidad de los economistas alimenta hacia la capacidad predictiva de sus expertos. Los economistas, dice McCloskey, “cuentan historias y son historiadores. No son ingenieros sociales, por más que les gustaría serlo”<sup>4</sup>.

Esta admonición enlaza con el segundo propósito que pretende este libro: persuadir de las ventajas que tendría una toma de conciencia acerca de los elementos con los que se edifica el discurso en economía, siendo conscientes de la específica textura de sus constructos teóricos. Lo que permitiría, en primer lugar, alcanzar una más cabal apreciación de las posibilidades que le cabe atribuir a la disciplina, mucho más centradas en la comprensión que en la predicción: “A pesar de toda su palabrería describiéndose como los físicos de las ciencias sociales, los economistas hacen realmente su mejor trabajo cuando miran hacia atrás, tal como hacen los paleobiólogos, los geólogos o los historiadores”<sup>5</sup>. Y, en segundo lugar, posibilitaría una más acertada utilización de aquellos elementos –incluidos los retóricos– de que se nutre la ciencia, al servicio de un discurso inteligente, persuasivo y eficaz. Negar la presencia de estos elementos metafóricos o narrativos no garantiza su exclusión del discurso científico, tan sólo dificulta una inteligente utilización de sus posibilidades: “la metodología de la ciencia que los economistas y otros científicos creen usar no suministra ningún medio para evaluar la corrección de las metáforas”<sup>6</sup>.

Toda la argumentación del libro la documenta McCloskey con un frecuente recurso a la historia económica. Es este su campo de especialización, aquél que más conoce y en el que mejor se desenvuelve, pero se echa de menos una fundamentación más plural de sus juicios. Sería útil haber explorado las formas que adopta la retórica del lenguaje económico en áreas más innovadoras e influyentes en el pensamiento económico actual, como en el ámbito de la economía matemática, en el de la nueva macroeconomía o en el de la organización industrial, por poner sólo algunos ejemplos. Ello hubiera ayudado a evitar la tentación de suponer que esa concesión a la retórica es algo que sólo debe preocupar a las áreas más humanísticas de la economía, aquellas –como la historia– más tributarias de las técnicas narrativas o literarias.

Es más, el propio sesgo en la utilización de los ejemplos con los que se ilustra el discurso puede hacer que este aparezca, en ocasiones, como parcial o extremo. Tal sucede cuando califica a la economía como una ciencia histórica: “La economía –dice McCloskey– es una especie de historia social”<sup>7</sup>. No es fácil saber hasta qué punto se trata de un recurso retórico del autor al servicio de su argumentación –la presencia de contenidos narrativos en el discurso económico– o si forma parte de sus convicciones profundas; pero, en este caso, existe suficiente debate sobre el tema como para que pueda aceptarse sin protesta una afirmación tan rotunda y poco matizada. E, igualmente, puede resultar equívoca la facilidad con que el autor asimila el lenguaje científico al de otros ámbitos de la actividad

---

(4) McCloskey (1993), pág. 45.

(5) Ídem, pág. 37.

(6) Ídem, pág. 66.

(7) Ídem, pág. 37.

humana –como el arte, por ejemplo. Pues, si bien es cierto que en ambos figuran elementos metafóricos y narrativos, no lo es menos que distingue al discurso científico su especial subordinación a la disciplina que le imponen los hechos y la lógica. Se trata, en definitiva, de un discurso sometido al ejercicio de un escepticismo riguroso, cuyo fundamento está en la consistencia lógica y empírica de sus propuestas. Y no subrayar suficientemente este aspecto puede llevar a la confusión: una cosa es admitir que la retórica está presente en la ciencia y otra reducir la ciencia al arte de la persuasión. Y aun cuando ésta no sea la posición de McCloskey, no siempre queda claro en su argumentación el protagonismo que lógica y empiria deben desempeñar en el discurso teórico.

Más allá de este posible sesgo, el libro transmite el interés del tema, que resulta tanto más importante cuanto reacia es la profesión a admitirlo. Pese a que su lectura no es todo lo agradecida que debiera, al demorarse su desarrollo en pasajes argumentalmente espesos y en referencias elusivas no siempre convincentes, logra con suficiente eficacia su objetivo último: transmitir la convicción de que es necesario que la economía examine su lenguaje, como medio necesario para que pueda participar más modesta y fecundamente con el resto de las conversaciones de la humanidad. “El verdadero *homo economicus* ha de admitir que es un *homo narrans*, un narrador de historias y un transmisor de modos de ser; es por consiguiente, como lo indica Blooth, un *homo indicans*. Cuando lo admita, su compañía será más agradable”<sup>8</sup>.



#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Groos (1990): *The Rhetoric of Science*, Harvard University Press, Cambridge.
- Henderson, W. (1982): “Metaphor in Economics”, *Economics*, invierno, págs. 147-153.
- Klamer; McCloskey, D. y Slow (comp.) (1988): *The consequences of Economic Rhetoric*, Cambridge University Press, New York.
- McCloskey, D. (1983): “The rhetoric of economics”, *Journal of Economic Literature*, vol. XXI, págs. 481-517.
- McCloskey (1985): *The Rhetoric of Economics*, University of Wisconsin Press, (hay traducción en castellano).
- Nelson, Megill y McCloskey (1987): *The Rhetoric of the Human Sciences: Language and Argument in Scholarship and Public Affairs*, University of Wisconsin Press.

---

(8) Ídem, pág. 138.